

Silenciosas palabras musicales

Ana Ollero Súnico (Universidad de Granada)

[Mellado, Isabel. *El perro que comía silencio*. Madrid: Páginas de Espuma, 2011].

Casi ningún hombre tiene palabra, pero todos tienen silencios y eso es lo esencial.

El primer libro de Isabel Mellado, *El perro que comía silencio* (Páginas de Espuma, 2011) viene a confirmar la siguiente idea de Borges: El arte es saber convertir lo cotidiano en símbolos, en música, y la mejor manera de hacerlo es a través de un lenguaje sencillo, aquel que empleamos en la intimidad. Esta escritora y música chilena obtuvo la beca *Karajan* para perfeccionar sus estudios en Alemania, donde se quedó tras finalizarlos. Actualmente, reparte su tiempo entre Granada y Berlín, entre la literatura y la música. Bien es cierto que no todos los libros han de contener tintes autobiográficos pero en este caso, la música es importante dentro y fuera del texto.

En un equilibrio entre música y lenguaje, el libro está compuesto de manera sencilla que permite al lector “empatizar” con los sentimientos y sensaciones de los personajes. Así como ocurre en la vida, en la obra se combinan los momentos trágicos con los humorísticos. En ocasiones este humor es inquietante y dramático, pues nos desvela la situación real de los narradores. Hallamos cuentos que podríamos considerar cercanos al surrealismo, o al menos, ser calificados de irracionales; tal es el caso del ombligo que toma decisiones por su dueño o el hombre que mantiene relaciones sexuales con un pez. Esto es sólo un ejemplo, porque el libro está cargado de frases (sobre todo en la tercera parte) y momentos que nos provocan la risa y nos divierten. Con estas historias podemos comprar un abrazo en las rebajas, verse reflejado al antojo de un espejo, ser uno y otro cuantas veces se quiera, vivir en sueños con el amor, ser un chelo, saber qué siente un músico antes de un concierto o acudir a una alocada audición. Pero lo mejor es poder recrearse en la lectura, reír abiertamente con los juegos del lenguaje y comprender hasta qué punto el arte puede salvarnos de la oscuridad del día a día. Son cuentos originales, ricos de metáforas vivas e imágenes evocadoras, lleno de bellas y precisas expresiones para tratar de transmitir los sentimientos de la vida cotidiana, o el resto más allá de la música.

No se trata de historias donde ocurren grandes hechos; lo grandioso de éstas se halla en la expresión de las emociones que contienen. Isabel

Mellado lo consigue con unos textos llenos de ritmo, imágenes divertidas y personajes que son capaces de encontrar en la música una salvación para la soledad de sus vidas. No es de extrañar que su primera obra haya tenido tanta difusión y autores como Andrés Neuman, Hipólito G. Navarro o Eloy Tizón la hayan comentado resaltando su originalidad, armonía en las formas y el lenguaje.

La obra lleva el título del primer cuento que contiene. Como este chuchó, los personajes tienen un carácter libertario y rebelde, pues deciden combatir contra la tragedia de sus vidas a través de la música, las palabras o el silencio. Como si de un concierto se tratase, el libro está compuesto en tres movimientos o capítulos. El primero de ellos recibe el nombre de “Mi primera muerte”, donde una mujer narra su historia desde el inframundo. Isabel Mellado establece una compleja red de relaciones semánticas entre el título de esta primera parte y el resto de las historias que contiene. En algunas ocasiones la muerte aparece claramente con personajes que perecen; otras, no es un ser lo que deja de existir, sino más bien mueren oportunidades, se frustran o no hay lugar para su creación.

“El perro que comía silencio” es el relato más significativo de este movimiento, aquel que le da título a la obra y donde se dan las claves para una interpretación. El perro considera que la esencia de los hombres es el silencio y aquellos que más le gustan auguran, de algún modo, las tragedias que vivirán mucho de los personajes: “Mis silencios preferidos son el silencio del hueso y el silencio de los enamorados que huele a bistec y anhelo. En cambio el silencio de los cónyuges suele ser turbio y estrecho y no es solo uno compartido, sino al menos dos, por lo general antagónicos” (“El perro que comía silencio”). Este perro está hecho a la libertad de la calle, y si algo buscan los narradores o personajes es la liberación de su propia tragedia.

El título de la segunda parte, “La música y el resto” toma su nombre de una expresión contenida en “La nota larga”. En él se narra la historia de un músico que tras el fallecimiento de su esposa decide demostrarle a Dios el amor que siente hacia ella tocando el violín. El narrador del cuento escucha todo cuanto toca este músico y piensa que tras sus experimentos “había descifrado algo así como la genética de la música, el eslabón entre la música y el resto” (“La música y el resto”: 76). La única constante de los personajes es la música, el resto representa todo lo que no es esencial para sus vidas. Todos mantienen con este arte algún tipo de relación: acuden a ella como inspiración, les sirve de terapia contra el dolor, para estimular sentidos y sentimientos, para huir de la monotonía o son músicos de profesión. En este cuento se aúnan los temas de la música, la soledad y la muerte. La representación más explícita de la soledad es el silencio y de algún modo, la música deja al descubierto la tragedia de los personajes.

“Huesos”, el último capítulo del libro, se une de manera rotunda y precisa al conjunto de la obra. Está compuesto por frases deleitosas y perspicaces que han sido consideradas como haikus, microrrelatos o greguerías, término debido a Ramón Gómez de la Serna y que personalmente prefiero, pues tal como lo define la Academia de la Lengua, estas son imágenes escritas en prosa donde se presenta una visión personal, sorprendente y en ocasiones humorística sobre algún aspecto de la realidad, en este caso, ese resto que rodea a las demás historias. Estos aforismos están acompañados de dibujos hechos con un iPhone, lo que aporta un elemento lúdico más a la obra.

No podríamos decir que la voz narradora es tradicional, ya que entre ellos encontramos objetos, además de animales y personas, que relatan sus propias experiencias. Isabel Mellado consigue su objetivo sin faltar al principio de verosimilitud, dándole a cada una su propio estilo y sin que esto desvíe la atención de lo esencial: abordar el mundo de las emociones. Como en la literatura del humor de tradición carnavalesca, la risa, el juego o los cambios de roles en la sociedad, manifiestan la realidad del ser humano. Utilizamos el lenguaje y las palabras para acercarnos a ella y sin embargo, no siempre la transmite tal cual es, incluso la falsea en cierto modo. Probablemente a esta conclusión llegó el perro tras ver que su amo no cumplía la promesa de cuidarle siempre. El silencio y la ausencia de palabra, y por tanto del engaño, surge de la conciencia de la falsedad del lenguaje. Las historias cercanas al surrealismo o la fantasía, el sentido del humor y el lenguaje íntimo y alegre que emplean los personajes, nos hacen ver que, aunque hablen con ternura e ingenuidad de sus situaciones, no ocultan la realidad y el lector siente, de este modo, que sus vidas no son tan pesadas. Aunque el libro está cargado de personajes solitarios éstos son fuertes, como sus historias, libres como el perro que come silencio y consiguen huir de la soledad a través del arte, de la música o las palabras.

Me gustaría rescatar una frase maravillosa: “La palabra desnuda es silencio y es la valentía suprema de nuestro género. Silencio es la evolución última de la palabra, cuando esta se libera de su ego. El silencio es la libertad del hombre”. Basta leer el libro para darse cuenta de cuanta razón tenía Borges.